

# Vanguardia en rosa sostenido

Encore un pas vers la splendeur  
des formes dépossées!

J. TARDIEU

La inclinación de nuestros teatros por la vanguardia, más que por razones estéticas parece motivada por exigencias de público (vulgo, carencia). Son obras que pueden representarse, dos o tres veces, en familia, ser comentadas animadamente en el café y en los entreactos por el mundillo snob que siempre rodeó al teatro pero que recién ahora está consiguiendo su secreta ambición: ahogarlo, transformarlo en cuestión personal y privada, sólo para iniciados. Si teatro quiere decir lugar para ver y si ese lugar es reducido y lo que se ve es también reducido, nada raro es que la élite snobista haya concluido por apoderarse de la escena nacional.

Sin embargo, seguimos con los figurines atrasados, e insistimos en los espectáculos vanguardistas más claustrales en la misma época en que sus mejores exponentes europeos han logrado imponer sus originales sistemas expresivos poniéndolos al servicio de más ambiciosos, más colectivizables temas. No se trata solamente del muy debatido y ambiguo Rinocerontes de Ionesco; es también el admirable Paolo Paoli en que Adamov probó, antes de su reportaje sobre la Comuna de París, las posibilidades de un híbrido de vanguardia y de Brecht; o son las obras de Schehadé, a cuya escurridiza poesía parecen tan esquivos nuestros escenarios; o es la fabulosa producción de Albee, de quien hay tres obras mayores que no han llegado a nosotros. Y así podríamos seguir.

En cambio llega J. Tardieu (61 años) y su elección, sobre todo viniendo de un hombre de teatro tan riguroso y de tan reconocida afinación estética como Pablo de Béjar, es sorprendente. Tardieu intenta lo que muchos otros, y mejor, han hecho: la adopción de una forma poética dentro de la cual insertar elementos reales, disonantes, componiendo una alegoría sucinta de la vida humana. Pero, si Tardieu es evidentemente hábil en la estructuración de su pieza, mezclando como buen alquimista moderno muy distintos géneros y formas estéticas, extrayendo nuevo sabor de los viejos sistemas de la tragedia, manejando el idioma en un modo musical —muy superficial y barato digamos pronto—, incluyendo métodos procedentes de la danza y la pantomima, todo ello queda al servicio de una idea muy trivial, ya elaborada y con auténtica belleza por la gran poesía moderna, y carente, sobre todo, de

calidad poética estilísticamente reconocible.

Nada de interés se dice: se insertan diálogos de amor que podría haber firmado, con orgullo, Paul Galdy, se repiten letanías sobre el tiempo y la fragilidad, el descaecer de las cosas, que ya en Pindaro tenían precisa, deslumbrante expresión; se intenta una somera crítica de la vida moderna cuya timidez descorazona. No sólo estamos lejos de la genialidad de Beckett; confieso que esto incluso me hace añorar a Cocteau.

El equipo de que dispuso Béjar, salvo Reyno, era enteramente bisono y todo adquirió un aire de espectáculo de escuela que no es propicio para entusiasmar a nadie con la vanguardia. Pero esa escuela, además, está mal encarada y es urgente que sus directores recapaciten. Dentro de las afectaciones más insufribles de los actores autóctonos, está la pronunciación rabiosa de la *v* labiodental, en lo que simplemente se incurre en un cultismo pueril. Si se hubieran tomado el trabajo de leer —que por cierto no muerde— algún estudio de Navarro Tomás, se hubieran enterado de que el fonema *v* jamás existió en la lengua española, en ninguna época ni en ninguna zona de España, que es simplemente una reconversión gráfica de la *u* latina mediante el sistema cisterciense de adaptación de la escritura del latín vulgar, y que por lo tanto sólo existe como afectación cultista por obra de la educación, aunque no de la uruguayana, que, por suerte, siempre ha aborrecido estas distorsiones del habla natural y espontánea.

Una escuela que empieza por permitir semejantes afectaciones, y que además tolera la asunción de "figuras plásticas" en un estilo finisecular, no contribuye a la formación del actor, sino que proporciona gentes extraviadas. A pesar de ello en algunos pueden sospecharse condiciones que no es bueno sean desperdiciadas.

En Tardieu la poesía es como una gota de aceite que recubre la superficie de las cosas con un brillo convencional, sin llegar nunca a esa ruptura, ese adentramiento súbito y deslumbrante que en los mejores textos vanguardistas permite entrever un nuevo mundo, original, dramático, bello. Si el extravío del teatro nacional, este año, necesitaba alguna tipificación, al concluir la temporada, la ha encontrado aquí, y en ella se han complicado y con ella han caído artistas tan dignos de estima y admiración como Marta Grompone, Pablo de Béjar y Walter Reyno.

(\*) El ABC de nuestras vidas, en el Teatro Circular.